

Prefacio

Debo confesar ingenuamente que al intentar esta historia de la imprenta he emprendido una tarea que sobrepasa mis habilidades y cuya extensión no percibí muy bien en un inicio

JOSEPH AMES, 7 de junio de 1749¹

Este libro se ha construido en el transcurso de unos quince años. Su origen se remonta a 1963, cuando leí el discurso de toma de posesión de Carl Bridenbaugh como presidente de la American Historical Association. Este discurso, que se tituló “The Great Mutation”, pertenecía a un género apocalíptico muy en boga en aquel tiempo (y que desafortunadamente sigue apareciendo por todos lados);² daba la señal de alarma sobre hasta qué punto una “estampida tecnológica” estaba rompiendo todos los vínculos con el pasado, y describía a los académicos contemporáneos como víctimas de una especie de amnesia colectiva. La descripción que hizo Bridenbaugh de la situación apremiante a la que tenían que enfrentarse los historiadores, su lamento por “la pérdida de la memoria de la humanidad” en general y por la desaparición de la “cultura comunitaria de lectura de la Biblia” en particular, me parecieron más una descripción de los síntomas que un diagnóstico, pues no lograba poner en perspectiva las alarmas del presente, cosa que el estudio de la historia, por encima de otras disciplinas, debe ser capaz de proporcionar. Me parecía ahistórico equiparar el destino “de la cultura comunitaria de lectura de la Biblia” con el de toda la civilización occidental cuando la primera es mucho más reciente, por ser el subproducto de una invención que sólo tiene quinientos años de antigüedad. Además, incluso después de Gutenberg, la lectura de la Biblia siguió siendo *poco común* entre muchos europeos occidentales y latinoamericanos muy cultos que se adhirieron a la fe católica.

En la tradición de algunos de sus distinguidos predecesores, como Henry Adams o Samuel Eliot Morison, el presidente de la American Historical Association parecía estar proyectando su propia percepción de creciente distanciamiento respecto a su provinciana infancia estadounidense a todo el curso de la civilización occidental.³ Conforme los individuos crecen se preocupan, en efecto, por una memo-

¹ Dibdin (editor), *Typographical Antiquities*, prefacio de Joseph Ames de 1749, I, p. 12.

² Bridenbaugh, “The Great Mutation”. Otros ensayos sobre el mismo tema que aparecieron en el mismo momento se comentan en Eisenstein, “Clio and Chronos”.

³ Henry Adams, *The Education*, p. 5, se sentía alejado del siglo XVIII por la apertura de la línea de ferrocarril Boston-Albany, el primer barco de vapor construido por la compañía Cunard, y por la

ria poco confiable. Sin embargo la amnesia colectiva no me parece un diagnóstico apropiado del predicamento al que se enfrentaba la profesión histórica. A juzgar por mi propia experiencia y la de mis colegas, la memoria, mucho más que el olvido, es la que representa la amenaza sin precedentes. Se tenía la sensación de que llegaban demasiados datos desde muchas direcciones y a tal velocidad que nuestra capacidad para poner orden y coherencia estaba siendo forzada al límite (¿o, quizá, ya había rebasado ese límite?). Si hubo una “estampida tecnológica” que provocó un sentimiento de crisis cultural entre los historiadores, probablemente estaba mucho más relacionada con un incremento en el número de publicaciones que con los nuevos medios audiovisuales o hasta con la bomba atómica.

Mientras reflexionaba sobre esta cuestión y me preguntaba si era mejor sacar más monografías o enseñarles a los estudiantes graduados a hacer lo mismo —dada la indigesta abundancia de información que nos confronta y la dificultad para asimilar lo que tenemos— corrí por un ejemplar del libro de Marshall McLuhan, *The Gutenberg Galaxy*.⁴ En clara oposición al lamento de los historiadores estadounidenses, el profesor canadiense de inglés parecía encontrar un placer malicioso en la pérdida de perspectivas históricas familiares. Acusó de obsoletas a las formas de investigación histórica y anunció el fin de la era de Gutenberg. Nuevamente me pareció que los síntomas de una crisis cultural se hacían pasar por un diagnóstico. En sí mismo el libro de McLuhan parecía ejemplificar los problemas característicos de la cultura impresa más que los producidos por medios de comunicación más modernos, y proporcionó evidencia adicional de cómo la sobreinterpretación puede llevar a la incoherencia. Al mismo tiempo estimuló mi curiosidad (que ya se había manifestado en mi interés por las impresiones de biblias) sobre las consecuencias históricas concretas de la transformación que se produjo en las comunicaciones en el siglo xv. Durante varias décadas, mientras estudiaba y enseñaba aspectos de la historia de Europa occidental, pasé mucho tiempo insatisfecha con las explicaciones prevalecientes en relación con las revoluciones políticas e intelectuales de la modernidad temprana, pues algunas de las transformaciones que McLuhan menciona podrían sugerir pistas para proporcionar soluciones más satisfactorias a problemas viejos, y por lo menos parecía ofrecer una salida posible para algunos argumentos circulares y debates inconclusos. Pero los pronunciamientos oraculares de McLuhan no eran un punto de partida adecuado. Me pareció que debía responder una gran cantidad de preguntas sobre los efectos reales de la aparición de la imprenta antes de poder explorar otras cuestiones. ¿Cuáles fueron algunas de las consecuencias más importantes del paso de lo manuscrito a lo impreso? Anticipándome a la idea de que se requería un esfuerzo agotador para dominar una extensa y creciente

llegada del telégrafo. Samuel Eliot Morison, *Vistas in History*, p. 24, vio a su generación separada de las precedentes “por el motor de combustión interna, la fisión nuclear y el doctor Freud”.

⁴ El libro de McLuhan atrajo mi atención gracias a la reseña “Between Two Galaxies”, de Frank Kermode, *Encounter*, 1963. [Existe una versión en español de dicho libro, *La Galaxia Gutenberg: Génesis del homo typographicus*, traducción de Juan Novella, Madrid, Aguilar, 1969. τ.]

bibliografía, empecé a investigar qué se había escrito sobre este tema que hubiese sido obviamente importante. Como lo señalo en el primer capítulo, ni siquiera había un poco de bibliografía para consultar. Es más, no pude encontrar un solo libro, o siquiera un artículo considerable, que tratara de investigar las consecuencias del cambio en las comunicaciones ocurrido en el siglo xv.

Al tiempo que reconocía que se requeriría más de un libro para remediar la situación, también me di cuenta de que un esfuerzo inicial, por insuficiente que fuera, era mejor que nada, y me embarqué en una década de estudio —dedicada principalmente a familiarizarme con la bibliografía especializada (por desgracia demasiado extensa y en constante crecimiento) sobre los albores de la imprenta y la historia del libro—. Entre 1968 y 1971 publiqué algunos artículos preliminares para observar las reacciones de los académicos y beneficiarme de sus críticas antes de publicar un trabajo de largo aliento. El lector que haya visto esos artículos estará familiarizado con algunas partes de los primeros tres capítulos, aunque cada uno ha sido completamente revisado. El contenido nuevo aumenta conforme avanzan los capítulos; la mayor parte del capítulo 4 y los restantes aparecen por primera vez en este libro.⁵

Mi investigación se divide principalmente en dos partes. La primera se centra en el paso de lo escrito a lo impreso en Europa occidental e intenta identificar los principales rasgos de esta revolución comunicativa. La segunda y tercera partes se refieren a la relación entre esa transformación comunicativa y otros procesos convencionalmente asociados con la transición de la edad media a la modernidad. (Me concentré en los cambios culturales e intelectuales, dejando para otro libro los problemas relativos al ámbito político.) De esa forma, las dos últimas partes retoman procesos conocidos en un intento por verlos desde nuevos ángulos. No obstante, la primera parte explora territorio desconocido —desconocido para algunos historiadores— (aunque no para los especialistas en la historia del libro) y especialmente exótico para esta historiadora (que antes se había especializado en el estudio de la revolución francesa y en los comienzos del siglo xix francés).

Mientras trataba de abarcar este extenso terreno, descubrí (como lo hacen todos los neófitos) que lo que parecía relativamente simple a primera vista se volvía cada vez más complejo de analizar, y que nuevas áreas desconocidas se abrían más rápido de lo que podían cerrarse las viejas. Como se puede esperar de un trabajo de largo aliento, las primeras ideas debían ser reemplazadas por unas segundas e incluso unas terceras que tuvieron que ser revisadas. Especialmente cuando estaba escribiendo sobre el poder de preservación de lo impreso (un tema que considero de especial importancia y que, por lo tanto, menciono repetidamente en el libro),

⁵ Las versiones preliminares de los capítulos 1, 2 y 3 corresponden respectivamente a los siguientes artículos: “The Position of Printing Press in Current Historical Literature”; “Some Conjectures about the Impact of Printing on Western Society and Thought”, y “The Advent of Printing and the Problem of the Renaissance”. Un resumen de treinta páginas de fragmentos del capítulo 4 apareció en “L'avènement de l'imprimerie et la réforme”.

no estaba segura sobre la conveniencia de presentar de una forma tan acabada ideas que seguían en movimiento. Sigo estando insegura al respecto y espero que mi decisión de publicar en esas condiciones no sea malinterpretada. No he llegado a ninguna interpretación final, pero simplemente me he convencido de que después de este punto de llegada provisional, los retrocesos serán menos necesarios.

También debe considerarse desde el principio que mi enfoque se relaciona principal, aunque no exclusivamente, con las repercusiones de la imprenta en los registros escritos y con la visión de las elites alfabetizadas. Lo que tengo en mente cuando me refiero a una “revolución ignorada” es el paso de un tipo de cultura escrita a otra (más que el de una cultura oral a una escrita). Enfatizo este punto porque va en contra de las tendencias actuales. Cuando han tratado el tema de las comunicaciones, los historiadores se han conformado con observar que su campo de estudio, a diferencia de la arqueología o la antropología, se limita a sociedades que dejaron registros escritos. La forma específica que adoptaron estos registros escritos se considera menos importante en la definición de las áreas de trabajo respectivas que la cuestión más relevante de si quedó alguno. El interés por dicha cuestión se ha intensificado recientemente debido a las críticas que han sufrido las viejas definiciones de la disciplina, y que han avanzado en dos frentes: los historiadores africanos, por un lado, y los historiadores sociales que se ocupan de la civilización occidental, por el otro. Los primeros, ante la falta de registros escritos, han tenido que recurrir a otras fuentes, mientras que los últimos objetan la manera en que este requisito de la investigación histórica ha llevado a los historiadores a centrarse en el comportamiento de una pequeña elite letrada, al tiempo que alienta el descuido de los grupos populares de Europa occidental. Se han desarrollado nuevos enfoques —frecuentemente en colaboración con africanistas y antropólogos— para tratar los problemas sugeridos por la historia de los “inarticulados” (como extrañamente se llama a ciertos grupos que poseen lenguaje pero no están alfabetizados). Estos nuevos enfoques son útiles no sólo porque corrigen un viejo desequilibrio, favorable a las elites, sino también porque abren nuevas dimensiones en el estudio de la historia occidental. Las investigaciones en curso sobre los cambios demográficos y climáticos, la estructura familiar, la crianza de los niños, el crimen y el castigo, las festividades, los funerales y los motines ante la escasez de alimentos son algunos de los nuevos campos que se están explorando en la actualidad, y que seguramente enriquecerán y profundizarán la comprensión histórica.

A pesar de que la inclinación actual a hacer “historia desde abajo” es útil para varios propósitos, no es tan apropiada para cumplir los objetivos de este libro. Cuando Jan Vansina, que es antropólogo e historiador del África precolonial, explora “la relación entre la tradición oral y la historia escrita”, pasa por alto, naturalmente, la diferencia que existe entre la historia escrita producida por los escribientes y la historia escrita posterior a la imprenta.⁶ Cuando los historiadores de Europa occidental examinan el efecto de lo impreso en la cultura popular suelen dirigir su

⁶ Vansina, *Oral Tradition*, parte 1, sección 2, p. 2 ss.

atención al paso de la tradición oral a la impresa.⁷ En ambos casos la atención se aparta de las cuestiones que los siguientes capítulos explorarán. Dichas cuestiones son tan poco conocidas que algunos lectores de mis escritos previos creían erróneamente que mis preocupaciones eran las mismas que las de Vansina.

Esta incompreensión, desgraciadamente, es más fácil de explicar que de evitar. En primer lugar, la aparición de la imprenta propició la difusión de la alfabetización, incluso mientras cambiaba la forma en que las elites ya alfabetizadas manejaban los textos impresos. Segundo, incluso hasta los grupos letrados tenían que basarse más en la transmisión oral en la época de los escribientes. Muchos rasgos característicos de la cultura oral, como el cultivo de las artes memorísticas y el papel de los oyentes, también tenían mucho significado entre los escribientes eruditos. De esta manera, los problemas asociados con la transmisión oral no pueden evitarse aunque se trate de grupos letrados. Sin embargo la experiencia del escribiente escolástico era diferente de la de sus contemporáneos prealfabetizados, y la aparición de la imprenta tuvo un efecto distinto entre los profesores lectores de latín que entre los artesanos iletrados. Excluir a los primeros y considerar sólo a los segundos significa perderse la oportunidad de contribuir a explicar los grandes cambios intelectuales que ocurrieron en los inicios de la modernidad.

Al abordar estas transformaciones no puede ignorarse la forma en que lo impreso estimuló la difusión de la alfabetización, ni que surgieron problemas nuevos asociados con la traducción a lenguas vulgares y a la popularización, pues repercutieron significativamente en la república de las letras y fuera de ella. Sin embargo, el objetivo principal de este libro no es la difusión de la alfabetización sino la forma en que la imprenta alteró las relaciones comunicativas dentro de la *comunidad del conocimiento*. Sobre todo está conectado con el destino de la *impopular* (y actualmente pasada de moda) “alta” cultura de las elites profesionales que sabían latín. También me pareció necesario adoptar un enfoque localista, muy poco a la moda, y concentrarme en unas cuantas regiones de Europa occidental.⁸ Así, el término “cultura impresa” se usa a lo largo de este libro sólo en un sentido restringido a Occidente: para designar los procesos de la época posterior a Gutenberg, mientras dejo de lado su posible relación con los procesos que se registraron en Asia en el periodo previo a él. No sólo excluyo los procesos que se dieron previamente en Asia sino también los acontecidos después en Europa del este, el Oriente próximo y el Nuevo Mundo. Ocasionalmente ofrezco vistazos de análisis comparativos, pero sólo para subrayar ciertos elementos que parecen caracterís-

⁷ Véase, por ejemplo, el ensayo de Natalie Z. Davis, “Printing and People”.

⁸ Mi formación inicial y mis intereses particulares me han inclinado a seleccionar ejemplos franceses e ingleses. Soy consciente de que hay ricos campos por identificar en toda Europa occidental (que la literatura alemana es especialmente importante sobre el tema de esa invención de Alemania, que el orgullo veneciano condujo a una industria académica enfocada en los impresores venecianos, etcétera), pero la realidad es que no he logrado más que rozar la superficie de algunas regiones.

ticos de la cristiandad occidental. Debido a que los antiguos contenidos afectaron los usos que se le dieron al nuevo medio, y considerando que la diferencia entre la transmisión de información a través de manuscritos y por medio de impresos no puede observarse en forma adecuada sin recorrer mentalmente muchos siglos, tuve que ser mucho más elástica con los límites cronológicos que con los geográficos, remontándome ocasionalmente al Museo de Alejandría y a las primeras prácticas cristianas; deteniéndome más de una vez tanto en la caligrafía medieval como en los comerciantes de libros de esa época, a fin de identificar los efectos que tuvo este cambio acumulativo y progresivo.

A pesar de esto, los procesos analizados en la segunda y tercera partes sólo abarcan los dos primeros siglos de la imprenta, por lo que sólo rebaso el juicio contra Galileo con el único objeto de ver la revolución copernicana de forma integral y el arranque de las publicaciones periódicas, así como para proporcionar una introducción adecuada al pensamiento ilustrado. La época de Newton y de Locke coincidió con el intervalo en el cual el liderazgo de la república de las letras pasó de los grandes editores-mercaderes y de los eruditos-impresores a los editores de reseñas literarias como Pierre Bayle y Jean LeClerc. El momento en que el taller de impresión cedió el paso a la oficina editorial representa el fin de la era heroica del maestro impresor y constituye un punto de llegada especialmente apropiado para mi libro.

Me identifico con la idea de Marc Bloch de que: “El buen historiador es como el gigante de los cuentos de hadas... su presa está dondequiera que percibe el olor de la carne humana”,⁹ por lo que me hubiera gustado destacar el elemento humano en mi título tomando como mis “agentes de cambio” a los primeros impresores. Aunque considero a ciertos maestros impresores como héroes anónimos de los albores de la modernidad, y pese a que ellos son los verdaderos protagonistas de este libro, los procesos impersonales involucrados en la transmisión y en la comunicación también deben ser atendidos adecuadamente. En última instancia, las consideraciones prácticas se vuelven esenciales, por eso decidí que la clasificación se simplificaría si me refería a la herramienta más que a su usuario. Por supuesto, no sólo una herramienta sino muchas estuvieron involucradas en el nuevo proceso de duplicación. En los primeros capítulos trato de aclarar que el término *imprenta* se usa en este libro simplemente como un membrete, como una abreviatura taquigráfica que designa un importante cúmulo de cambios específicos, relacionados con el uso de los tipos móviles metálicos, la tinta a base de aceite, etcétera. En todo caso, mi punto de partida no es el aparato inventado en un taller de Maguncia sino el establecimiento de talleres de impresión en muchos centros urbanos de toda Europa en el curso de aproximadamente dos décadas.

Es conveniente hacer un comentario final sobre el título: se refiere a *un* agente, no *al* agente, y mucho menos *al único* agente de cambio en Europa occidental.

⁹ Marc Bloch, *The Historian's Craft*, p. 26. [Existe traducción al español, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952. T.]

Debido a las reacciones que provocaron algunos de mis artículos previos, consideré conveniente llamar la atención sobre estas distinciones, pues la sola idea de explorar los efectos producidos por una innovación determinada crea la sospecha de que se favorece una interpretación monocausal o de que se tiende al reduccionismo y al determinismo tecnológicos.

Por supuesto, no se debe dar mucho peso a las justificaciones ofrecidas en un prefacio, y sólo serán convincentes si el libro en su totalidad las sustenta. En ese sentido, sigue siendo conveniente aclarar desde el principio que mi propósito es enriquecer la comprensión histórica, no empobrecerla, y que considero las explicaciones monocausales inadecuadas para cumplir ese propósito. Es muy cierto que las perspectivas históricas son difíciles de preservar cuando se llevan demasiado lejos los argumentos a favor de una innovación tecnológica particular. Pero esto significa que debe ejercitarse la capacidad de discriminar y de calcular el peso que tienen distintos argumentos. Dejar de lado innovaciones significativas también puede deformar las perspectivas. Estoy convencida de que un descuido prolongado de las transformaciones en la comunicación ha resultado en perspectivas cada vez más distorsionadas conforme pasa el tiempo.

En la medida en que fue *un* agente de cambio, la imprenta alteró los métodos de recopilación, los sistemas de almacenamiento y recuperación de la misma, así como las redes comunicativas que existían entre las comunidades letradas en toda Europa. Si el tema requiere una atención especial es porque tuvo efectos especiales. En este libro trato de describir esos efectos y sugiero cómo pueden conectarse con otros procesos que tuvieron lugar simultáneamente. La idea de que todos los otros procesos pudieran *reducirse únicamente* a un cambio de las comunicaciones me parece absurda. Sin embargo, es importante destacar la forma en que fueron reorientados por dicho cambio. Si me ubico del lado de los revisionistas y manifiesto mi insatisfacción con los esquemas prevalecientes, es para abrirle camino a la que hasta ahora ha sido una dimensión descuidada del cambio histórico. Cuando discuto las explicaciones multicausales convencionales (y lo hago en varias ocasiones) no es para sustituir una variable por muchas, sino para explicar por qué distintas variables, presentes desde periodos anteriores, empezaron a interactuar de nuevas formas.

En los capítulos que siguen aparecen repetidamente interacciones de muchos tipos: entre las antiguas maneras de comunicar y los nuevos medios, el contexto cultural y la innovación tecnológica, el trabajo manual e intelectual, los artesanos y los eruditos, los religiosos y los agentes de lo impreso. Un amable colega me sugirió que debía utilizar como epígrafe la célebre súplica de E. M. Forester: “¡Sólo conecta!”, lo que parece apropiado tanto a la situación como al contenido. Aunque contiene algunas partes analíticas y críticas, este trabajo es básicamente de síntesis. Reúno estudios que se han hecho aisladamente y utilizo monografías sobre temas específicos para tratar problemas de interés más general.

Huelga decir que tiene los defectos así como las virtudes de cualquier trabajo de síntesis en gran escala. Está basado en estudios monográficos y no en investigación

de archivo, por lo que refleja un conocimiento muy irregular de datos relevantes. He consultado especialistas, asistido a seminarios y coloquios, así como aprovechado las críticas documentadas siempre que ha sido posible. Todavía no puedo descartar la posibilidad de cometer un error garrafal, ya sea por apoyarme en algunas investigaciones que son anticuadas o desconocidas, o por sacar conclusiones erróneas por mi parte. Sin embargo, estoy convencida de que los riesgos de relegar este extenso e importante tema superan por mucho las desventajas de mi abordaje, que es inevitablemente inadecuado y necesariamente tentativo. Como apunto en el siguiente capítulo, el descuido de los investigadores concienzudos ha permitido, por omisión, que el tema cayera en manos poco cautas. Aunque el trabajo de Marshall McLuhan estimuló mi curiosidad histórica, entre muchos de mis colegas resultó más bien contraproducente, pues desalentó una mayor investigación sobre la cultura escrita o sus efectos. En la actualidad el interés por el tema probablemente se considera con recelo, se etiqueta de “macluhaniano” y se descarta. Espero que mi libro ayude a desechar este prejuicio y muestre que el tema no es incompatible con el respeto por el oficio del historiador.

Durante el largo intervalo en que este trabajo ha ido avanzando, he incurrido —más de lo habitual— en numerosas deudas académicas. Donde no me falló la memoria, las personas que me proporcionaron información valiosa reciben mi agradecimiento en notas a pie de página. Los siguientes agradecimientos se limitan a aquellos que proporcionaron orientación general, instrucción y apoyo.

Entre el pequeño grupo de académicos destacados que me proporcionaron estímulo constante, tengo una deuda especial con el difunto Crane Brinton. Desde los años cuarenta, cuando dirigió mi tesis doctoral, hasta un poco antes de su muerte, me exhortó a continuar con la investigación y la redacción, a pesar de que otras ocupaciones me demandaban tiempo. Que este libro se haya escrito se debe, en no poca medida, al fuerte respaldo que me brindó cuando estaba en una fase inicial poco prometedora. En una fase algo posterior me animó el estímulo inesperado de Robert K. Merton, gracias en parte a los atinados consejos de Elinor Barber, quien manifestó su interés informado durante el desarrollo de mi trabajo. También me beneficié de muchas horas de conversación con J. B. Ross. Los nombres de Natalie Z. Davis y Robert M. Kingdon aparecen en mis anotaciones con suficiente frecuencia para indicar que estoy en deuda con sus importantes estudios sobre la cultura impresa del siglo xvi. Ambos merecen un agradecimiento adicional por muchos otros favores que me hicieron. Margaret Aston me ayudó durante muchos años, leyendo y comentando los borradores que le mandé después de concluidas nuestras reuniones semanales en la Folger Library, cuando tuvimos que recurrir a la correspondencia interoceánica.

Por haberme introducido en algunos de los “misterios” de los inicios de la imprenta y de la historia del libro, estoy agradecida con Frederick Goff, que me permitió asistir a su seminario sobre incunables en la Folger Library, y con Rudolf

Hirsch, quien me guió por la colección de libros antiguos de la Universidad de Pensilvania, me envió tanto artículos como libros, y discutió conmigo temas polémicos con una amabilidad sobresaliente. John Tedeschi, de la Newberry Library, y Francis J. Witty, de la biblioteca del departamento de ciencia de la Catholic University of America, me proporcionaron muchas ediciones agotadas, referencias y consejos útiles. Por más de una década disfruté enormemente con las oportunidades que proporciona a sus lectores la Folger Shakespeare Library y me siento especialmente en deuda con su entusiasta personal. En la Folger asistí a un seminario impartido por A. G. Dickens, recibí la útil asesoría de Paul O. Kristeller y sostuve conversaciones muy provechosas con Jan Van Dorsten. Estoy agradecida con R. J. Schoeck, que supervisó las actividades de investigación cuando estuve ahí; con los directores de la biblioteca: Louis B. Wright y O. B. Hardison; con Nati Krivatsky, bibliotecaria a cargo de obras de referencia, con Leticia Llenadle, curadora de manuscritos, y, sobre todo, con los tres miembros del personal: Elizabeth Niemyer, Rachel Doggett y Sandra Powers, que amablemente participaron en mi primer seminario sobre impresores antiguos mientras me enseñaban más que yo a ellos.

En lo que se refiere a la aclaración de problemas asociados con el comercio de libros manuscritos en la Italia renacentista, recurrí repetidamente a Albinia de la Mare, del departamento de manuscritos occidentales de la Bodleian Library. Ella compartió generosamente conmigo un conocimiento sin parangón del mundo de Vespasiano da Bisticci y de los notarios que le sirvieron de escribientes. Richard Rouse, de la Universidad de California en Los Ángeles, desentrañó para mí algunos de los “secretos” de la codicología medieval, corrigió varias de mis ideas que estaban equivocadas y me proporcionó diversos estudios útiles que de otra manera no hubiera conocido. Elizabeth Kennan fue la responsable de que pudiera aprovechar a este experto antes de terminar la primera parte de mi libro; además —como amiga y como medievalista— me ayudó de muchas maneras. Mi conocimiento de los estudios medievales se enriqueció adicionalmente gracias a Mary M. McLaughlin.

Tengo una gran deuda con Charles Schmitt por darme la oportunidad de conocer a varias lumbreras del Warburg Institute y por compartir conmigo su importante conocimiento del aristotelismo renacentista. También le agradezco a Paul Lawrence Rose por comunicarme los resultados de su investigación sobre libreros y matemáticos en la Italia renacentista. Martin Lowry compartió conmigo el trabajo que estaba elaborando sobre Aldo Manuzio; Paul Grendler me ha mantenido informada sobre su trabajo acerca de los libreros venecianos. Miriam Chrisman, John Elliot, Edmund Fryde, Donald Kelley, Benjamin Kohl, Nancy Roelker, Charles Nauert, Orest Ranum, Thomas Tentler y Charles Trinkaus se encuentran entre los distintos historiadores de la Europa moderna temprana que me han ayudado de diferentes maneras. Myron Gilmore, que guió los estudios de varios de los arriba mencionados, también me ayudó directamente proporcionándome separatas y respondiendo pronta y positivamente ante mis solicitudes de ayuda.

Cuando trabajaba en la última parte del libro recibí la ayuda de diferentes gru-

pos de especialistas asociados con la historia de la ciencia y la tecnología. Estoy particularmente agradecida con Robert Palter y Robert Westman por ser corresponsales fieles, revisar los primeros borradores, enviarme información importante y mantenerme informada sobre los trabajos en proceso. Owen Gingerich también merece un agradecimiento especial por permitirme participar en una conferencia copernicana en la Smithsonian Institution y por compartir conmigo, a partir de entonces, sus investigaciones relacionadas con el tema. William Wallace, de The Catholic University, me proporcionó ayuda leyendo y comentando un borrador; también agradezco a Uta Merzbach y a D. J. Warner, del Smithsonian, quienes me ayudaron con los datos matemáticos y astronómicos, así como a Francis Maddison, del Museum of the History of Science de Oxford. Gracias a la mediación de Christopher Hill, que durante la última década me ha estimulado y alentado, pude presentar un artículo a académicos de Oxford en el seminario del Linacre Collage.

Aunque recibí muchos consejos y el apoyo de las personas que mencioné anteriormente, como es natural debo asumir la responsabilidad íntegra por el contenido del libro. También debo ofrecer disculpas a aquellos colaboradores que no fueron mencionados debido a la falta de buenos registros. Puedo ser olvidadiza pero no obstante estoy verdaderamente agradecida con todos los que me ayudaron.

Además de la ayuda individual, debo mucho al apoyo institucional, que llegó precisamente cuando más lo necesitaba y me permitió terminar un manuscrito definitivo. Al otorgarme una beca para estudios e investigaciones independientes, el National Endowment for the Humanities me brindó los incentivos necesarios para invertir seis meses de trabajo intenso en un escritorio. La Fundación Rockefeller me permitió pasar un mes como académica invitada en el centro de conferencias e investigaciones Villa Serbelloni en Bellagio, Italia, donde escribí el capítulo final. Estoy agradecida con Joel Colton, director de la división de humanidades de la fundación, quien me advirtió sobre esta oportunidad, y con el doctor y la señora William Olson, director invitado del centro y su esposa, que hicieron todo lo posible por hacer agradable mi estancia.

Varios editores me ayudaron con la publicación tanto de mis artículos preliminares como de este libro de largo aliento. Por haber aceptado mis primeros ensayos y por haberme hecho diplomáticas sugerencias para corregirlos, estoy agradecida con Trevor Aston, Hanna H. Gray, Richard Vann y Robert Webb. La responsabilidad del original de este extenso libro fue de principio a fin de un solo editor, que en la actualidad es editor en Cambridge University Press. Michael Black, que al principio llamó mi atención por ser un experto en las primeras biblias impresas, ha mostrado una paciencia extraordinaria y un incansable buen humor a lo largo de muchos años de negociación con una autora que demoraba en escribir. Conté con el apoyo de N. Carol Evans para elaborar el índice analítico de la obra. La ayuda de Clarissa Campbell Orr fue invaluable para completar los índices. Andrew Brown y Maureen Leach me asistieron en la corrección del manuscrito; Jane Majeski, de Cambridge University Press en Nueva York, realizó amablemente la invaluable

tarea de transmitir mensajes interoceánicos. Tengo una enorme deuda con Philippe Ariès, quien me ha escuchado comprensivamente, ha sido un conversador estimulante y un corresponsal cooperativo.

También estoy en deuda con los que mecanografiaron una y otra vez varias versiones de un extenso manuscrito. En el transcurso de unos 15 años he dependido de la ayuda amablemente proporcionada por Phyllis Levine. Estaba dispuesta cuando la requería y probó su destreza para entender notas al pie confusas y descifrar garabatos ilegibles. En busca de ayuda para el minucioso trabajo de captura, lectura de galeras, corrección y revisión de la consistencia del texto, recurrí a Flora Symons, que pasó horas de trabajo concienzudo en mi mecanuscrito y renunció a más de unas vacaciones para ayudarme.

Al concluir con una nota de agradecimiento para mis familiares más inmediatos lamento que este procedimiento se haya vuelto tan convencional que es probable que los lectores desestimen las reflexiones que se sienten más profundamente. En este terreno, mis sentimientos son más fuertes que mis habilidades para expresarme. Mi esposo y cada uno de mis tres hijos contribuyeron en diferentes maneras a modelar mis pensamientos e intensificaron mi decisión para terminar el libro. Mi hija, Margaret, que cursa estudios de posgrado en historia, y mi hijo, Ted, que ha fundido tipos y operado prensas manuales, renovaron varias veces mi interés en un trabajo que parecía estar a punto de no concluirse. El apoyo de mi esposo en todas mis actividades profesionales ha sido manifiesto a lo largo de más de treinta años. Nunca fue más útil que tras el derrame cerebral que le quitó la vida a nuestro hijo mayor. Al igual que sus hermanos, John sentía un vivo interés en el trabajo que yo estaba realizando. Involucrado en estudios de posgrado en neurobiología, estaba interesado tanto en las humanidades como en la ciencia, y valoraba la claridad y la precisión en la escritura. Cuando revisó una versión preliminar de uno de mis capítulos mostró preocupación por la excesiva verborrea y me recomendó reducir lo que describió (por medio de una metáfora) como un banco de niebla. Si John viviera, el “banco de niebla” de este libro habría sido menor. El apoyo editorial de su padre ayudó a que no se volviera mayor, y de esa manera tanto el lector como esta autora están en deuda con Julian Eisenstein.